

1.- EL SENTIDO DE LA VIDA EN UNA SOCIEDAD POST-CRISTIANA.

Hoy nos encontramos en un modelo de sociedad en el que los valores de la vida social, de la vida familiar, de la vida profesional, de la política, de la cultura, de la economía, no son valores cristianos sino que son valores humanos, profanos, laicos, seculares.

En esta sociedad laica Dios se ha vuelto innecesario. Innecesario para la ciencia, que no necesita el postulado de Dios. Hoy lo verdadero es lo científico, lo experimental, lo comprobable, lo de alguna manera empíricamente constatable. Y Dios, como es algo que no se puede percibir, constatar, demostrar, ha quedado para muchos en segundo plano y para los más en algo que para nada nos sirve.

Vivimos una moral y una ética laica, sin teología, autónoma, en la que Dios no cuenta para nada. Una moral basada en unos comportamientos que impregnan el orden social, jurídico, económico, en los cuales no es necesario la referencia a Dios.

¿Qué sentido a la vida ofrece nuestra sociedad? Nuestra sociedad, como todas, ofrece un sentido a la vida, una manera de vivir, que da una respuesta a esas preguntas fundamentales que tiene el ser humano. Y nos lo ofrece diariamente a través de los medios de comunicación, que nos dan un montón de ofertas y mensajes que nos están condicionando diariamente. La realidad es que estamos abocados a valores materiales, en los que encontramos una sensación de plenitud, de gratificación, de placer.

Tenemos unas sociedades muy ricas materialmente y sociedades al mismo tiempo muy insatisfechas, muy infelices, sociedades con mucho aburrimiento, tedio. Nos faltan metas, proyectos, razones que den un sentido a nuestra vida. Tenemos miedo al ocio, al tiempo libre. Nos da miedo la jubilación, una vida cotidiana tremendamente gris, muy insatisfactoria. La demanda de drogas, de alcohol es cada día mayor. La gente busca algo que no tiene. Ni sabe donde buscarlo.

Y lo malo es que esta cultura occidental es la que se está imponiendo en el mundo entero. Y ese triunfo de Occidente se está dando cuando son muchos los que se preguntan: ¿merece la pena invitar y presionar a otros para que vivan como nosotros vivimos? Vivimos una sociedad en la que lo espiritual no cuenta.

En este contexto surge las preguntas: ¿para qué sirve Dios?; ¿dónde está Dios?; ¿cómo actúa Dios?; ¿qué es lo que puede aportar Dios?

Para buscar hoy a Dios no es la solución refugiarnos, volver de nuevo a la Iglesia. No podemos refugiarnos en la Iglesia-institución porque ella lleva dos siglos llevando la contraria a todo avance social y humano. Eso hace que nos encontremos perdidos. Porque, utilizando una expresión de nuestro teatro clásico del siglo de oro, en realidad, “los cristianos de izquierda nos sentimos como cornudos y apaleados”.

Si nos situamos en la sociedad, que no es cristiana sino postcristiana, perdemos nuestra identidad cristiana. Y si queremos conservar nuestra identidad cristiana, en la Iglesia institucional, tenemos que asumir planteamientos, forma de entender la vida, valoraciones antropológicas, formas de entender la familia, la sexualidad, la autoridad..., de forma totalmente inaceptable en la sociedad postmoderna y postcristiana. Ello produce en nosotros la inseguridad, una inseguridad personal y colectiva, y que nos marca, precisamente a nosotros que andamos buscando y a los nos consideran pioneros de un catolicismo que está por emerger.

Tenemos que asumir que estamos con los pies puestos en la etapa que se está cerrando y en la ya está abierta y cambiando el mundo. En esta nueva etapa histórica Dios, ni es necesario, ni se presenta como referente cultural. Con bastante frecuencia cuando Dios aparece en los medios de comunicación de masa lo hace bajo la túnica de la burla, de la minusvaloración, del rechazo, de la desconfianza, y ello precisamente por parte de una gran parte de conciudadanos nuestros que son quizás magníficas personas. Dios ha dejado de ser una buena noticia.

2.- LA EXPERIENCIA DE DIOS EN UNA SOCIEDAD POS-CRISTIANA

Si no encontramos los referentes que necesitamos en la sociedad, ni en la Iglesia, ¿dónde encontrarlos?

La vieja espiritualidad que nos ofrecía un montón de prácticas, de devociones, de lugares, de experiencias, de medios, a través de los cuales podríamos cultivar la experiencia de Dios, ha caído en el vacío. Pero ¿con qué hemos sustituido todo eso? El haber dejado lo antiguo y no disponer de nada con que sustituirlo, es lo que nos produce un vacío. Vamos perdiendo nuestras referencias, el cristianismo que hemos vivido no nos dice nada y el nuevo que intentamos crear no sabemos aun cuál es. Es esta una situación la que a muchos de los nuestros nos lleva a olvidarnos de todo e integrarnos e instalarnos como uno más en la sociedad.

Lo que necesitamos es lo que más nos falta: gurús, maestros y maestras espirituales que nos enseñen un camino, un camino que ellos mismos han experimentado, que ellos mismo han vivido. De forma que al hablar de Dios tengamos que hablar de nuestra vida; y al hablar de nuestra vida, tengamos que hablar de Dios. ¿Cuál es el Dios vivencial y experiencial? El que nos lleva a nosotros, en la biografía de cada uno, en los acontecimientos de la vida, en las situaciones difíciles, en las situaciones gratificantes, a vivir esas experiencias relacionándolas con Dios, buscándolas en Dios.

A Dios tenemos que encontrarlo en las opciones que hacemos, en los compromisos que asumimos, en las responsabilidades que tenemos, en situaciones de sufrimiento y en situaciones de alegrías en las cuales intentamos siempre con la incoherencia y siempre con los fallos que son consustanciales a cualquier experiencia humana, vivir eso desde una identidad cristiana, teniendo como referencia la persona y la vida de Jesús y lo que ha generado a lo largo de dos mil años de historia.

Nos encontramos hoy con una necesidad de experiencia y vivencias de Dios. Con una necesidad de espiritualidad. Una espiritualidad que no vamos a encontrar en la Iglesia, ni en muchos cristianos, tampoco en el budismo. O en las tradiciones orientales, ni en esoterismo, ni en la parapsicología. Ello es algo que millones de personas andan buscando. La televisión con sus programas de esoterismo es un ejemplo de ello. La experiencia cristiana tiene que llevarnos a un modo de comportarnos que haga que lo que nos rodean vean en nosotros ese gurú que buscan.

Y ello en una dinámica en la que el individuo-isla está perdido en la sociedad. Vivimos un creciente aislamiento, en soledad, del individuo en la sociedad. Un individualismo y una soledad en isla, no compartida. Algo que no depende de nosotros. Es la sociedad la que está organizada de forma que nos lleva necesariamente a ello. Con frecuencia nos sentimos solos entre los que nos rodean ... Es imprescindible vivir en grupos donde nos sintamos aceptados y aceptemos a los demás, donde podamos compartir ideas y sentimientos, con personas que sepamos que nos van a echar una mano cuando, para lo bueno o lo malo, los necesitemos.

Compañeros entre los que nos sintamos iguales, podamos situarnos sin máscaras, tal como somos. Él solo, el hombre-isla, difícilmente podrá vivir una espiritualidad. Urge integrarnos en comunidades en las que no sólo se pueda hablar, compartir ideas sino, sobre todo, intercambiar nuestras vivencias: aquello que queremos, lo que nos preocupa, por lo que luchamos teniendo como referente a Jesús. Y lo más hermoso es encontrar comunidades esparcidas por todas partes en las que el que llegue sienta que hay otros que piensan como él y encuentre en ellas aliento en su caminar. Experimentar la fe no es sólo encontrarme con otros hermanos. Es sobre todo comunicarnos, intercambiar con compañeros que tienen las mismas inquietudes, la misma búsqueda..., que producen una comunión en la fe.

- *¿Qué es para nosotros eso de la “experiencia de Dios”?*
- *¿Descubrimos en las personas que nos rodean esa necesidad de espiritualidad?*
- *¿Qué caminos podrían ayudarnos a vivir nuestra espiritualidad cristiana en medio de lo cotidiano?*